

Pascual García Ferrero: emigrante a Cuba

Israel García Hernández

Mi padre, nombrado Pascual, nació el viernes santo de 1902, a las diez horas del día veinticinco de marzo, en la calle de la Moral, en Melgar de Tera, en la provincia de Zamora, en España y fue el segundo vástago de la familia. Es hijo legítimo de don Victoriano García y de doña Felipa Ferrero, y es nieto por la línea paterna de don Tomás García y doña Sebastiana Maniega, y de don Juan Ferrero y doña Clara Llamas por la materna, según consta en su acta de nacimiento.

Como casi todas las familias rurales en aquella época en España, era la de mi padre numerosa en su composición: cinco hermanos varones y cuatro hembras, nombrados en su orden: Tomás, Juan, Pascual, Antonio, Tomasa, María Guadalupe, Mercedes, Ascensión y Sabino. Este último actualmente tiene ochenta y tres años, pues nació estando mi padre en Cuba.

Corrían los primeros años del segundo decenio del siglo XX y estos mozos se dedicaban a ayudar al padre, que fue guardamontes, y posteriormente guarda municipal, por lo que usaba la banderola tricolor en su pecho y cobraba un salario de la Alcaldía de Melgar de Tera, en la Provincia de Zamora.

En el hogar, unos trabajaban (con los animales que poseían) la tierra para sembrar y segar los diferentes cultivos, principalmente el de la vid, para hacer el vino que consumirían en el año y venderían el resto, así como también otros atenderían el huerto casero, en el que sembrarían patatas, cebollas, ajos, pimientos, tomates y otros cultivos.

Al lado y al fondo de la casa paterna, día a día, sacaban el producto de la tierra, regada con el sudor de sus frentes. Había quien se dedicaba, aparte de estos menesteres a la crianza de los animales domésticos, gallinas, conejos, perdices y quien sabe cuantos más.



Además, poseían ovejas y cabras que pastoreaban en los montes, alternando con las siembras del trigo, la cebada y el centeno para el consumo doméstico. Entre todos, hembras y varones, ayudaban a la madre, en la fabricación del pan y por las mañanas sentíase ese aroma de la harina recién cocida. Hacían además, chorizos, jamón, tocino, quesos, a la vez que criaban nuevos cerdos para sacrificarlos posteriormente y volver a comenzar el ciclo de la pequeña producción de autoconsumo de la familia.

Mi padre recuerda con perfecta nitidez, a pesar de sus 103 años, el pozo que les suministraba el agua, ubicado cerca de la cocina, donde su madre cocía un sabroso potaje o un asado de ovejas. Asimismo recuerda la bodega para el vino, y se ve en la ampliación de la misma, cargando la tierra que iban extrayendo y que a pesar de su corta edad, tenía que cargar.

Recuerda también otros momentos en los que su memoria viaja a través del tiempo, hacia el pasado, y se ve en la escuela, cuyo maestro –dice– era pariente de su mamá, nombrado don Gregorio Martínez del Río, de las maldades que le hacían los alumnos y de que su colegio tenía varios puntales, en su vieja estructura y sobre uno de ellos estaba pintado un letrero que decía:

“Este edificio fue construido siendo Alcalde Don Manuel Bobillo en 19” y una fecha imprecisa.

Su mente vaga por los campos, cuando ya están listos para recoger la mies y se ve de “zagalejo” en ellos, pero también corre (junto a su hermano Juan) por los montes donde ellos dos, ayudaron a sembrar éstos árboles para obtener nuevas maderas, y el río... el río Tera, en el que se bañaban en las tardes soleadas, y oían el chirriar del viejo molino, que adentrándose en el agua, constantemente iba triturando los secos granos.

En el invierno de 1911, cuando solo contaba con nueve años de edad, ya estaba laborando con sus hermanos. Las grandes nevadas de enero, hicieron presa de él, por lo que se dijo a sí mismo que: “el invierno de 1911 nunca lo olvidaré”. Así sería de penoso para él, que siendo un niño, juró no olvidarlo jamás, puesto que hasta pulgas cogió cuando cuidaba de los animales en el pesebre.

Su adolescencia la pasó trabajando mucho, cuidando de las cabras con sus hermanos y amigos, en los cortes de trigo, de cebada, etc. Trabajaba además en una cuadrilla de segadores de su pueblo y alrededores y por la labor de “pinche” y “zagalejo”, le pagaban solo medio jornal, en la zona del valle del Tera. En esa época, en que contaba de diez a quince años, su vida transcurría tranquila. Tenía que llevar a lomos de un caballo el agua, la comida, el vino y otros encargos, pero con el ímpetu de la juventud que tenía, también disfrutaba del trabajo y se “corría” [sic] con el caballo y los encargos para perseguir una que otra chavala, por los campos de Melgar.

Apenas terminada la I Guerra Mundial, como tenía que partir, antes de entrar a quintas, y así librarse de la milicia, fundamentalmente de la guerra de Melilla, que en aquella época libraba España contra África¹, su padre les fue sacando del país, año tras año, en la medida en que iban arribando a los quince o diez y seis [sic] años, y así salieron los tres hermanos Juan, Antonio y Pascual para las Américas.

Corría el año 1919 y del puerto de La Coruña y siendo el día 11 de febrero partió hacia Cuba como emigrante en el vapor “Cádiz” de la Compañía Transatlántica “Pinillos”. El día 5 de marzo del mismo año, desembarcaba en el puerto de Santiago de Cuba.

En el transcurso de su viaje se presentó un mal tiempo, ya en alta mar, por lo que tuvo que hacer escala en las Islas Azores (para reponerse de agua y comida) por la violencia del viento, y las grandes olas que arremetían contra el barco en que venía, destruyendo en parte las sillas, mesas, camarotes, todo... todo.

Cuenta mi padre que dentro de los pasajeros venía una compañía teatral, y que parte de sus miembros fueron heridos, por lo que la compañía quedó diezmada y la algarabía que formaron fue como una comedia y tuvieron que poner sogas amarradas sobre la cubierta de la nave para poder caminar sobre ella y atravesar el barco de un lado a otro, así como también desde la cocina al comedor y era tanto el vaivén de las olas que muchos estaban mareados, como borrachos.

Con toda esta baraúnda, en la oscuridad casi permanente, pasaron así varias horas. En el barco tenían animales como vacas, toros, gallinas y otras aves de corral para el consumo del personal y muchos de ellos se perdieron en el mar y otras quedaron sumamente maltrechas. Luego de una azarosa travesía de más de veinticinco días, al fin tocan puerto cubano: Santiago de Cuba.

Éste no era el previsto para el desembarco, ya que el vapor inicialmente tocaría puerto en La Habana, pero debido a las condiciones del tiempo tuvo que atracar en aquella ciudad.

Al llegar a esta urbe del oriente cubano, vieron muchas personas de diferentes razas, como chinos y otros como los negros, por lo que en cuanto vio a éstos últimos, se acercó asombrado a tocarlos para comprobar si tiznaban o no, pues nunca en su corta vida había observado a un ser de esa raza, puesto que en España no los había. Junto a otros compañeros suyos iniciaron entonces un largo recorrido para atravesar la Isla hasta llegar a la ciudad de La Habana.

¹ El autor quiere decir, evidentemente, Marruecos. (N.E.).

Imaginémosla como una ciudad muy distante (cerca de 1.000 kilómetros) en una época tan atrasada, en la que casi no había medios de transportación [sic] como los hay ahora, sino que debía hacerse en tren con las incomodidades propias de esos años y que había que sortear para llegar hasta donde se encontraba (desde hacía varios meses) su hermano Juan.

Y hay que imaginar además el desconocimiento total de los pueblos y ciudades que irían apareciendo en su trayectoria hasta llegar a su meta, la que le duró cerca de dos meses.

Su hermano Juan había embarcado en el año anterior, en 1918, pero tuvo mejor suerte que él, ya que había desembarcado en el puerto de la ciudad de La Habana, donde comenzó a trabajar en una fábrica.

Mi padre, para poder llegar, tuvo que detenerse en diferentes pueblos para poder continuar el viaje pues el dinero que traía era muy precario y no le alcanzaba.

Al llegar a la isla, un grupo de españoles se reunió para formar una especie de cuadrilla y así, albergados en los campos, se hacían ellos mismos los almuerzos y comidas, consistentes en huevos, pan, leche de vaca y condensada, quesos, etc., frijoles blancos, garbanzos, carnes de diferente tipos y un vaso del indispensable vino al finalizar las comidas. Dormían en hamacas por primera vez, se caían, en las noches, el frío se colaba por debajo, y las alimañas lo perseguían pero tenían que adaptarse a las condiciones del país y a sus costumbres o si no perecerían.

Trabajó como cortador de caña en los campos de Santiago de Cuba, para después pagarse el pasaje en tren y llegar a la ciudad de Camagüey, laborar en otras tareas de la agricultura y como peón en la construcción en edificaciones que allí se hacían.

En Villa Clara (es decir, en la antigua provincia de Santa Clara) también tuvo que cortar caña y en Trinidad en las colonias de los ingenios allí radicados (lo que hoy se nombra el Valle de los Ingenios) hasta lograr llegar a La Habana.

Ya en esta ciudad comienza a trabajar en construcciones que se están haciendo en la zona de La Habana Vieja, donde laboran arduamente él y sus compañeros. Él, para pagar el pasaje a Cuba que su padre, a su vez, lo había pedido prestado, y los demás a sus parientes en España. Al cabo de algunos meses ya se lo había pagado e incluso lo había enviado y superado con creces.

Esta fue una época de duros trabajos, pero manifiesta mi padre que se ganaba mucho dinero, lo que le permitía a él y a su hermano Juan, enviarle remesas a sus padres en España y así ayudarle en algo, lo que por su causa ellos no podían hacer puesto que no estaban junto a ellos.

Allá en España algunos de sus hermanos emigrarían poco a poco. Antonio se fue a la Argentina junto a su hermano Tomás que lo mandó llamar y supo por las fotos que le enviaba desde Bahía Blanca, que había constituido

una familia. Años más tarde también tomó el camino del exilio voluntario María que al ver que a Tomás y a Tomasa les fue bien, pues quiso probar suerte y se marchó tras ellos a conquistar la nueva patria y tratar de casarse por allá. Se casó y tuvo dos hijos, el otro hermano que le quedaba se fue y formó una familia en Argentina.

Antonio, por su parte, estuvo poco tiempo en Cuba, pues vino después que Juan. Cuando Pascual llega a Cuba en 1917 ese mismo año parte Antonio para España. Recuerda como fue que le dio \$ 100 pesos para el pasaje y otros gastos y que el mismo día que se los dio se fue, para más tarde emigrar de nuevo hacia Buenos Aires, Argentina.

Todas estas migraciones de sus hermanos se produjeron durante los años 1920 al 1930 y después de los años 1950 ha tratado inútilmente de saber de sus familiares, pero sin una dirección clara no es posible establecer una correspondencia, pues las fotos, cartas, etc., que poseía fueron destruidas por un ciclón en el año 1944 y no le quedó nada de los recuerdos familiares que tenía puesto que el ciclón azotó por la provincia de Pinar del Río, en el occidente del país, que era donde vivía por esa fecha y le tumbó la casa, llevándose todo lo que tenía.

Trabajando duro, a inicios del año 1920, su hermano, con los ahorros fruto del trabajo, pudo ir hacia los Estados Unidos, donde un amigo español lo mandó buscar para darle un mejor trabajo y de mayor remuneración, en una fábrica metalúrgica de ése país.

Así quedó solo mi padre, con la promesa de que Juan lo mandaría a buscar cuando pudiera hacia los Estados Unidos.

Con el transcurso del tiempo (que fueron años) de un lado a otro de La Habana, trabajó en la construcción con un ingeniero de obras que le llegó a tomar mucho afecto y siempre tenía trabajo asegurado pues le seleccionaba por su seriedad y por lo bien que hacía su labor.

Trabajó además en la construcción de un chalet en el barrio de Arroyo Naranjo, en la provincia de La Habana, junto a Pedro Ramos, que era para él como un hermano, (compañero inseparable, hasta que en el año 1935 al 1940 partió para Zamora) y que en los meses que laboraron allí, ganaba mucho dinero, haciendo los trabajos de jardinería y pintura que el ingeniero siempre decía: “mándenme a García y a Ramos, que son los mejores” y por eso siempre se ganaba la plata.

Por esta época perteneció a algunas Sociedades castellanas y gallegas. No recuerda sus nombres, pero sí recuerda la Sociedad Castellana, que se encontraba en un reparto, en el Cerro, en La Habana y que allí iba a conversar de su natal España con sus coterráneos y a tomar cerveza, beber ron y comer unos potajes, que a él le resultaban exquisitos. Fue socio además de la Quinta de

Salud La Castellana, que estaba en el reparto Juanelo, y aunque no estuvo enfermo, iba a visitar a los españoles que conocía y estaban allí.

Aquí conoció a algunos compatriotas como fueron Emilio y Mateo Gómez (los que posteriormente se trasladaron al municipio de Los Palacios) Pedro Ramos, del cual supo que más tarde había regresado a España, a Melgar, y a un tal Furones y otros que ahora dice no recordar por haber pasado muchos años.

En La Habana trabajó como ayudante de construcción en la Manzana de Gómez (una de las tiendas más grandes de ciudad Habana en esa época) así como en las obras que se iniciaron para la construcción del Capitolio Nacional.

Cansado de aquel duro trabajo, de dar pico y pala todos los días, él y otros de sus amigos decidieron probar suerte en otro lugar y así fue como se vio en los campos de caña de la vecina provincia de Matanzas, justamente en el municipio de Pedro Betancourt. Pero antes de llegar a este municipio pasó por muchas estrecheces en su largo peregrinar por esas tierras cubanas, fundamentalmente las del centro de la Isla, como son Yaguaramas, Amarillas, Jove-llanos, Cárdenas, etc. Haciendo innumerables oficios que nunca imaginó, de sol a sol, para ganarse el sustento de cada día.

Estando en una colonia de caña de Pedro Betancourt, con sus compañeros de faena, cuando terminaban su trabajo iban al pueblo y allí fue que conoció a una hermosa trigueña de pelo largo y lacio, y ojos tan negros como el carbón, y se prendó de ella y la que unos meses más tarde fue su esposa para toda la vida: Blanca Rosa Hernández Camacho, hija legítima de Venancio Hernández y de María Manuela Camacho, descendientes de españoles.

Era el año 1927, el diez y nueve [sic] de enero contraen matrimonio en el Juzgado Municipal de Pedro Betancourt, en la provincia de Matanzas.

Mi padre contaba con 25 años de edad y mi madre con 18, su madre había fallecido siendo ella muy niña y fue criada por su padre y sus hermanas mayores.

En este municipio conoció a un colono de origen español don Simón Roig para el cual trabajaba. Al pasar el tiempo, como era una persona muy seria y trabajadora le propuso ayudarlo en la compra de una colonia.

Mi padre compró la colonia, pero al cabo de unos dos años tuvo que venderla en un bajo precio pues el valor del azúcar bajó notablemente en esos años y no pudo sostenerla.

Aun le quedaba algún dinero que debía al señor Roig y para pagarlo tuvo que vender la colonia y por esa fecha el Banco en que tenía depositado el dinero quebró y se quedó en una situación precaria, pues sólo obtuvo el cincuenta por ciento de lo que tenía ahorrado.

Cuenta que el señor Roig le tomó buena amistad, y en su finca o colonia, entre otros, tenía unos guineos y que a cada rato le decía: ¡Pascual, hoy vamos a cazar!, y él, muy feliz, se iba con Roig y cazaba con una escopeta de repe-

tición que poseía el referido señor, cobraban unas dos o tres piezas y le dejaba uno para se llevara.

Allí vivió algunos años hasta el 1929 en que se mudaron para el municipio de Los Palacios, en la provincia de Pinar del Río, la más occidental de Cuba, y allí es que constituyó su hogar, pues viene a vivir sólo con su esposa. Por esa fecha se encontraba en el Central “La Francia” propiedad del cubano Simeón Ferro, que a su vez lo había comprado a la Compañía Americana Cuban Cane, y aquí también se dedicó a cortar caña durante los primeros años.

Ya se encontraban aquí los hermanos Gómez, Emilio y Mateo habían adquirido cierta posición económica pues tenían una ferretería en el pueblo y habían formado sus familias. Posteriormente el señor Mateo murió y Emilio regresó a España al cabo de muchos años, en 1964 o 1965.

Conoció en este pueblo a otros coterráneos suyos, como fueron Andrés López, que vivía en algún lugar cerca de Melgar (en el valle del Tera), y a Nicolás Ramos, a Eduardo Díaz, Marcelino Díaz, Eufemio Lugo que se fue hacia Estados Unidos en 1970, José Castellanos, Cosme Almirante (el isleño, como le decían sus amigos cubanos) y Amadeo García, ya fallecidos, a Mariano Vidal, que era de Linares, el que vivió muchos años junto a su casa, y del que conserva aún muy buenos recuerdos y de su familia, ya que prácticamente eran como hermanos, y muchos otros que trabajaron con él en el ingenio azucarero.

En 1940 recibió la triste noticia del fallecimiento de su padre, lo que le causó una profunda emoción al recordar, después de veintitrés años sin verlo, que no volvería a verlo nunca más. Tenía el padre al morir 76 años y la casa paterna quedaba prácticamente sola, sin el puntal que la sostuvo durante tantos años. Después de haber en ella once personas, pues los hijos fueron emigrando en diferentes fechas y hacia otros lugares de América, como Argentina.

La muerte de su padre, dejó honda huella en él, que les prometió volver nuevamente un día y no volvió jamás.

Tuvo muchas dificultades para que le dieran trabajo en la Isla, por el hecho de ser gallego (que era como los naturales de Cuba nombraban a todos los españoles, fuera de Galicia o de Castilla, de Andalucía o de las Islas Canarias) básicamente por los años de 1930, en que su condición de emigrante se acentuó mucho más a pesar de que llevaba en el país más de diez años, y ésta situación se reflejó en el hecho de que casi nunca pudo obtener otro trabajo que no fuera el de los más mal [sic] pagados o los más duros que había, trabajos que los nativos del país, rechazaban por esas causas enumeradas anteriormente.

El 20 de setiembre de 1940, cuando nace su primogénita Susana Mirella, ya su posición había cambiado un poco, aunque continuaba trabajando en el Central “La Francia” pero en la industria, como sereno y después como portero, conjuntamente con el señor Mariano Vidal, que ya se había hecho de una profesión.

El tiempo de zafra duraba de dos a tres meses y después venía el tiempo muerto que era el resto y que tenían que emplear en otras labores para ganar el sustento de sus familias.

En el año 1932 o 1933, cuando el gobierno del “machadato”² [sic] el hermano Juan le propuso llevárselo para España de nuevo o para los Estados Unidos pero él no quiso dejar la familia que había hecho en Cuba y así se frustraron todos los planes de su hermano.

Su hermano Juan volvió a España, ya viejo, pero con una fortuna, a mediados del siglo XX y se hizo cargo de la madre y de su otro hermano Sabino, que había quedado en España. Siempre –dice mi padre– lo ayudó monetariamente, pues le enviaba remesas por fin de año y en cada cumpleaños recibía regalos.

Los otros hermanos habían tomado el camino del exilio, como fueron Tomás y Antonio, quedando el más pequeño con los padres en casa. Las mujeres también emigraron y otras quedaron, buscando nuevas rutas en sus vidas, que le permitieran vivir decorosamente a ellas y a su familia en España. Su hermana Mercedes murió muy joven, ahora no recuerdo la fecha –me dice– y la mirada se le pierde en el infinito..., más allá de lo mortal y lo humano.

Cuenta que el suegro le regaló una ternera, la que tuvo que dejar en Pedro Betancourt antes de mudarse para Los Palacios, puesto que su traslado tenía que hacerlo en tren y no sabía las condiciones que tendría en este pueblo. Dicha ternera parió hembra, y cuando ya se asentó en la nueva casa, mandó a su amigo Pedro Ramos a buscarla y él se la trajo y así, poco a poco, en la vega que poseían los cuñados, fueron pariendo y creciendo la cría hasta poseer más de 70 vacas. Al principio, como no sabía ordeñar, lo hacía Pedro, pero al cabo ya aprendió y entonces las ordeñaban entre los dos.

También en setiembre de 1947, el día 30, nace el segundo hijo nombrado Israel Alberto, estando laborando en el central. Por esa fecha ya poseía algún ganado las que fue vendiendo poco a poco y con ellas hizo un pequeño capital que le sirvió en 1950 para comprar dos casas en el pueblo de Los Palacios, las que serían para sus hijos una vez que éstos alcanzaran la mayoría de edad, en una de las cuales residía su familia en el llamado tiempo muerto es decir, en los ocho o nueve meses que duraba éste, pero estaban alquiladas en 1959, y fueron intervenidas por el actual gobierno revolucionario, al no poder poseer dos viviendas o más a título de propiedad por la Ley.

Su hermano Juan le contaba de sus hermanos que estaban en España, y le iba informando en las cartas que enviaba, las tallas que usaban, el peso, etc. A pesar de estar en los Estados Unidos iba frecuentemente a visitarlos a España,

² Gobierno de Gerardo Machado y Morales (1925-33), 5ª Pte. de la República de Cuba.

y siempre mantenía correspondencia con mi padre, para tenerlo al tanto del resto de la familia, cuestión esta que a partir del año 1952, en que fallece la madre, ya se dejaron a un lado, tanto de él, como de los que residían en la Argentina, hermanos de los cuales no ha tenido noticias en este medio siglo que ha transcurrido y que él se lamenta no haber mantenido esa correspondencia con ellos y haber perdido todo contacto con sus seres queridos a pesar de su larga vida. El hermano Juan vino en dos ocasiones a Cuba, por años 1935 o 1936 y alrededor de 1940, quiso llevárselo en esas ocasiones, pero él nunca quiso.

Entre los recuerdos de su niñez, afloran a su mente los de su hermana María Magdalena, la que siendo muy pequeñita, era tartamuda, y me cuenta como hablaba y pedía más comida, por toda la casa, llevando la escudilla, repitiendo un lenguaje apenas inteligible, y esto le hace reír.

Rememora Pascual aquellos días en que siendo chaval, iba los domingos con la familia a la Iglesia de su natal Melgar y allí se convirtió en “monaguillo” y ayudaba al padre cura, don Santiago Verdoso, oficiando en las misas, moviendo de un lado a otro el incensario [sic] y mascullando en latín algunas frases, que de tanto repetir se aprendió hasta el día de hoy, que las repite a veces, como recordando su infancia, y entonces dice: “Dominus vobiscum. Et cum spiritu tuo. Oremus”, y uno, que es su hijo, se queda pasmado de tanta locuacidad y memoria.

A veces tararea una canción que dice fue una copla muy popular en los años de su niñez:

¿Dónde vas Alfonso XII
triste de ti?
Voy en busca de Mercedes
Que ayer tarde no la vi
Si Mercedes está muerta
Muerta está que yo la vi
Cuatro duques la llevaban
Por las calles de Madrid.

Referidas éstas al Rey Alfonso XII de España, así como otra que dice más o menos así:

Si quieres venirte a España
Yo con mucho gusto iría
Y estas prendas de ropa dónde
Yo las dejaría

Las de seda y las de hilo
Con penas mi caballería
Apártate moza, apártate,
Moza linda, deja buscar mi caballo
Que bebe de esa agua tan cristalina
Abran las puertas, las ventanas y
Las celosías que aquí traigo una mora
En vez de traer una mora,
Traigo aquí una hermana mía.

Entre los recuerdos que subyacen en su memoria y poco a poco surgen, dice que iba de caza con el padre, siendo muy chico, como se enredaba entre las hierbas e iba caminando por el bosque tupido, que le parecía muy oscuro y sombrío, y tiritando de frío, no se despegaba del padre. A veces se quedaban quietos al acecho, y como muchacho que era, hacía cualquier ruido, su padre le regañaba y le decía: “¡Hostia!”... con una tremenda seriedad que le daba miedo, y entonces no se movía y esperaba –le parecía a él– largo rato, agazapado entre la maraña y la hojarasca del bosque.

Continuó trabajando en la industria azucarera, mientras sus hijos crecían, pero en el año 1952 le comunican la noticia de la muerte de su madre, la que contaba con 82 años. Este fue un duro golpe que recibió y que lo marcó para toda la vida, pues siempre tuvo la ilusión que viajaría a España y poder verla, lo que no le fue posible en años anteriores, pues su esposa no quiso nunca separarse de los suyos en Cuba y él no la abandonó hasta su muerte, ocurrida en setiembre de 1969.

Se jubiló cuando tenía 66 años de edad, en el Central “José Martí” del municipio de San Cristóbal, también en la provincia de Pinar del Río, donde laboró los últimos años, porque fue desmantelado el central “La Francia” que era en el que había laborado por más de 30 años consecutivos.

En el año de 1992 a través de una amiga de la familia, nos enteramos que en la Embajada de España en La Habana, se estaban recibiendo solicitudes para obtener la ciudadanía española para todos aquellos descendientes directos por lo que comenzamos en ese año a presentar los documentos solicitados, para lo cual era necesario la inscripción de nacimiento de mi padre, la que fue solicitada al Juez de Paz de Melgar de Tera, y a la vez le escribimos una carta al único hermano que quedó en Melgar, a Sabino y del cual no sabíamos nada. Gracias a Dios que aún vivía y nos contestó, y así fue que reiniciamos este contacto epistolar, tanto con el hermano como con sus dos hijos, lo que nos llenó de alegría y de emoción al saber que allá en España, en un pedazo de tierra para nosotros muy querida y a la vez desconocida, había una familia, que también era nuestra, y lo que sentimos fue realmente indescriptible, pues hemos

notado siempre que había algo que no podíamos comprender, que sabíamos que nuestra sangre también tenía un poco de lo que en esa tierra hay.

Inmediatamente hicimos contacto en uno de los viajes que realizamos a la capital, con personas que estaban inscritas en diferentes asociaciones españolas, hasta que al fin conseguimos la dirección de la Asociación Zamorana de Cuba, precisamente por conversación sostenida con su presidente, el señor Sergio Rabanillo, que tan amablemente nos ha tratado durante éstos años en los cuales hemos estado integrando la sociedad que él preside.

En el año 1998 obtuvo Pascual y sus dos hijos la ciudadanía española. Y tres años después la Sociedad Zamorana nos propuso que si él quería viajar a España podía hacerlo a través de los viajes “Añoranza” pero él mismo dijo que no, que ya tenía una edad avanzada y no le sería posible visitar de nuevo ese lugar que fue de una forma, de la forma que él tenía retratada en su mente y que cuando llegara a Melgar, ya no sería igual.

Nadie lo conocería a él y él no conocería a nadie. Todo debía estar de otra manera y extrañaría muchísimo a sus padres y hermanos, y que prefería que siguieran vivos en su recuerdo, como el día que los dejó para no verlos más.

A finales de marzo del 2002 nos visitó el señor Don Juan Andrés Blanco Rodríguez, Director de la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Zamora y le realizó una entrevista que salió publicada en la prensa de España. Posteriormente en otras visitas efectuadas a Cuba, siempre lo recuerda y viene a visitarlo. El 25 de marzo de ese mismo año la Sociedad Zamorana de Cuba le hizo un homenaje con motivo del centenario de su natalicio y vinieron numerosos socios y miembros de la dirección en el que compartimos un almuerzo y pasaron un rato muy agradable escuchando contar sus historias.

La logia Odd Fellows de Los Palacios también le hizo un almuerzo el día anterior y se sintió muy feliz con estos acontecimientos. Todos los años el día de su cumpleaños o días próximos, la Sociedad Zamorana de Cuba le brinda un homenaje a Pascual por su nuevo onomástico [sic]. Al acercarse esos días, los espera con ansias, y esto es un motivo nuevo para continuar existiendo, así como lo es también las hijas de su nieta, Briana y Brena, de seis y cuatro años, al que cariñosamente llaman “Pipa”. Ellas le llenan de luz y esperanza sus últimos días y le brindan felicidad, haciendo que le narre algún cuento, al pasarle sus manitas sobre la cabeza, depositando un beso en su arrugada mejilla, o simplemente dando los pasos de un baile español.

Por las tardes se acostumbró a tomar un trago de ron, bien “a la roca” o con limón y azúcar. Tarde tras tarde a las cinco en punto, se le veía ir al café y tomar pacientemente su ron de caña y aún a los noventa y seis y noventa y siete años, lo hacía, y los vecinos, que lo veían no querían creer que tuviera esa edad y que tomara un trago junto a ellos.

Cuando era mucho más joven salía para el campo desde muy temprano y antes pasaba por el café y se tomaba su trago para empezar las labores del día. Ahora ya no toma ni mucho ni poco como él dice, y los muchachos del barrio le quieren mucho, porque los muchachos se me pegan –dice– y cuando bajaba al bar, los niños se soltaban de las manos de los padres y se acercaban a él para conversar.

En el año 2003 tuvo una agradable sorpresa. Su hermano Sabino, el más pequeño y que él no conocía, vino a Cuba a visitarlo y compartir durante ocho días.

Es imposible describir con detalles en estas líneas el encuentro de éstos dos hermanos, que tuvieron que esperar hasta el ocaso de sus vidas para conocerse. Fue algo muy emotivo, en las lágrimas brotaron a los ojos de ambos hermanos, que se estrechaban en un abrazo interminable.

—¡Mi hermano... mi hermano...! eran las frases que se decían uno al otro. Aquellos días que pasó con su hermano en Cuba le son muy queridos y los guarda especialmente en su corazón. Realmente fueron momentos inolvidables, que no se borrarán jamás de nuestras mentes por lo fuerte de su trascendencia.

Hay que ver como esos hermanos, desconocidos entre ambos en esos momentos, cuando pasados solo unos minutos, ya era como si se hubiesen conocido desde siempre, era como si sólo se hubiesen dicho —¡Hasta luego!— para encontrarse nuevamente. Las arrugadas manos de mi tío reposaban sobre las de él durante todo el tiempo y entre muchas cosas que conversaron le dijo: —¡Cuando la sangre se une, que es como está ahora, es que se siente lo que realmente tiene que sentirse! Y entonces él repite a veces esa misma sentencia.

En su plática de uno al otro se decían —¿Te acuerdas de Perpetua?... Sí, la hija de... Y de fulano... y mengano... y cómo se reían al comprobar que ambos las conocieron, pues así reafirmaban, creo yo, el amor que sienten por su tierra y por sus gentes.

Recién cumplía los 101 años cuando vinieron de la Diputación de Zamora, representada por el señor José Luis Bermúdez, junto a otros funcionarios de la Alcaldía de Melgar de Tera, y de la propia Diputación, así como la Alcaldesa de Santa Croya, los que entre otros regalos le entregaron una placa conmemorativa por su 101 cumpleaños. Se emocionó muchísimo al agradecer el gesto tan amable por parte de la Diputación Zamorana y se sintió feliz rodeado de tan distinguidos visitantes que lo honraron con su presencia.

La Asociación Zamorana de Cuba como siempre, estuvo al tanto de todas las visitas efectuadas, así como de la presencia de su hermano, al que le brindaron todo el apoyo que necesitaba, tanto moral como material.

Le han visitado varias personas de la Diputación así como también de la Alcaldía de Melgar de Tera y en cada oportunidad que ellos han venido ha sentido muy contento y emocionado con ellos.



Encuentro de los hermanos Pascual y Sabino García Ferrero en Cuba, 2003.



Ha recibido la visita de innumerables periodistas y otros técnicos de la Televisión Española por sus cumpleaños, lo que lo ha dejado lleno de ilusión, haciéndoles prometer que estarán presentes en su próximo cumpleaños, con esa alegría de vivir que siempre lo ha caracterizado y que le ha permitido estar con nuestra familia hasta la fecha de hoy.

En el año 2004 le visitaron periodistas de España, y la Asociación Zamorana, como cada año le ha celebrado su cumpleaños y lo ha atendido muy bien. Los “Días de los padres” recibe también un regalo, lo que agradece con mucho gusto.

Hoy, sus ojos no distinguen como ayer los rostros de las personas, ni puede ver el límpido azul del cielo, ni el verde de los montes, pero sí sabe distinguir los malos ratos que le deparó la vida en su largo y azaroso camino de la emigración y ¿por qué no? agradece a Dios los momentos tan felices que ha tenido en su larga travesía por ésta, su otra patria, en la que ha vivido ya más de ochenta y seis años.

No quiero dejar de mencionar en esta historia, escrita *a priori* la abnegación y sacrificios de mi hermana Susana Mirella, sin la cual dudo mucho que Pascual existiera aún a los 103 años, a no ser por los cuidados y dedicación que ella le brinda.

Los Palacios, a 23 de enero de 2005.